

CICLO DE NARRADORES VALENCIANOS

Nunca hice distinción entre las cosas reales y las cosas de sueño, magia o inventiva. Mi vida, mi mundo ha sido siempre un totum revolutum donde conviven, de la manera más natural, lo real, lo imaginario, que ahora, en este mundo de los ordenadores se llama virtual. Pero lo mío es una virtualidad muy sui géneris donde no existen fronteras entre lo real y lo imaginario; pues ya se sabe que quien intenta separar estos dos conceptos naufraga en la vulgaridad.

Pretendo que el lector pueda gozar con todos los sentidos y logre ver las imágenes, oír la música y tocar las carnes de los personajes.

No usar la fantasía es vivir en el aburrimiento. Es perderse un mundo entero de delicias. Por eso me preocupa la gente que después de leer mis libros me pregunta si tal o cual cosa es verdad ¿Qué importa si la princesa murió de un atracón de pasas de Corinto, o si la muerte le sobrevino por el beso de un leproso enamorado?

Quienes buscan la verdad merecen el castigo de encontrarla, decía Plutarco. Y yo añado: La verdad no tiene imaginación y es aburrida como un ladrillo.

Para los tabuladores, para los contadores de historias la verdad, la autenticidad histórica de un nombre, de una fecha o de un suceso no tiene ninguna importancia. Lo que el lector desea es que le sirvan una historia interesante, apasionante, que le atraiga desde la primera página y le resulte imposible separarse del libro. El fenómeno religioso, por todo lo que tiene de extraordinario es una constante en mis libros.

Desde pequeño yo quería ser cardenal. Mi abuelo me regaló todos los útiles de un pequeño altar y por las tardes, después del colegio, me entretenía oficiando un sin fin de ceremonias religiosas. De ahí mi afición a las bendiciones. Porque es una verdadera lástima que se haya perdido la costumbre de bendecir, y se haya sustituido por la sonrisa, la palmadita, la palabra amable o el abrazo. Nada mejor que ir por el mundo repartiendo bendiciones, y después, como hacían los curas antiguos, poner la mano para que se la besen a uno.

Si mis sueños de llegar a cardenal se hubieran cumplido, mi modelo sería el de un cardenal del Renacimiento. Colonna, Orsini, Borja, poderoso, elegante, mecenas rodeado de una corte epicúrea donde el supremo bien sería la felicidad. Una corte donde convivirían ángeles y

demonios de diferentes razas, lenguas y religiones, en un enriquecedor mestizaje.

De toda esta fantástica corte celestial es de donde saco mis personajes. Entre ellos me siento completamente libre y hago y deshago a voluntad con mi escritura. Escritura a mano, nunca con el dedo en el teclado. Con mano de amanuense planto la semilla y la novela comienza a crecer como un árbol. Poco a poco se va ramificando, siendo imposible predecir la clase y el tamaño del árbol en que se convertirá.

Como hijo del cine, todas mis historias las contemplo siempre a través de la cámara. Localizo los exteriores. Construyo los decorados, ambientándolos con el mayor lujo de detalles. Me ocupo de la luz, el vestuario, el guión y la dirección de los actores. Este es el juego que me da fuerzas para escribir y en él me encuentro descaradamente feliz.

Al escribir voy sacando de la cabeza, como el mago saca los conejos de la chistera, todos los pensamientos secretos e inconfesables que guardo y me recreo en ellos, aderezándolos con los recuerdos de gentes y paisajes que quedaron grabados en la memoria.

Siempre me ha gustado estar al margen, pensar por mí mismo, ir por libre, ser un outfSaidier, es la única manera de sentirme libre. Libre para pensar y actuar por mí mismo contra todas las fuerzas de la costumbre, del Estado, de la Religión y de la Política. De los cauces establecidos y de lo políticamente correcto.

Por supuesto, no sale barato ir por libre sin someterse a cauces y doctrinas, pero les aseguro que merece la pena.

José Miguel Borja.
04-12-2000